

### III. IMPASSES Y DESAFÍOS DE LA CONTEMPORANEIDAD

---



# La responsabilidad del sujeto en los tiempos del ultraliberalismo\*

D A N Y - R O B E R T D U F O U R

## MODERNIDAD Y SUSTRACCIÓN DE GOCE

La doctrina liberal, tal como se ha desarrollado desde el siglo XVII, particularmente a partir de las teorías de John Locke, busca el acceso de todo individuo a la libertad. A todas las formas de libertad: libertad de propiedad, libertad de hablar, libertad de creencia, libertad de expresión, libre empresa, libre asociación...

Es fácil entender que se plantee una condición *sine qua non* al ejercicio de tal libertad: es preciso que el individuo libre sea responsable. En caso contrario, la tan buscada libertad se transforma enseguida en lo que Hobbes, poco antes de Locke, ya en su *Leviathan* (1651) llamaba «la guerra de todos contra todos» (I, cap. XIII). Se sabe cómo la Ilustración evitó, en el siglo XVIII, esa paradoja de una libertad capaz de transformarse en nueva opresión: para ser en verdad libre, cada cual debe integrar las leyes comunes. No hay libertad ni autonomía sin integración de las leyes. Por lo tanto, no se puede ser libre sin ser al mismo tiempo responsable (del latín *respondere*: «ser garante, responder»), esto es: que cada cual debe ser garante de lo que une al conjunto. Es justamente esta integración responsable de las leyes la que hace libre al individuo. Esto se puede entender perfectamente en ese pasaje del Libro I del *Contrato social* de Rousseau: “No hay libertad sin leyes. La libertad sigue el destino de las leyes”. Lo mismo sucede con el *Faktum der Freiheit*, tan grato a Kant: si la acción de cada cual no se remite a lo que la sobrepasa y garantiza, es decir, a la Ley, ya no hay diferencia entre el derecho a la libertad del que dispone cada cual y el abuso del derecho a la libertad.

En otras palabras, para ser libre, cada cual debe deponer una parte de su poder, para ponerlo al servicio de la comunidad. Es en este sentido que el psicoanálisis es

\* Traducción del francés a cargo de Pio Eduardo Sanmiguel Ardila.  
Escuela de Estudios en Psicoanálisis y Cultura, Facultad de  
Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia.

el heredero de la Ilustración: Freud desarrollará las consecuencias metapsicológicas de la necesidad filosófica que sitúa a cada cual ante la necesidad de pasar por una *sustracción de goce*<sup>1</sup> para que la civilización perdure (de hecho, Hobbes es citado explícitamente en *El malestar en la cultura*). Entonces debe hacerse un paralelo entre lo que Rousseau escribía en el *Contrato social* respecto a la necesidad de cada cual de abdicar a una parte de su yo individual en provecho de un “yo común” (Rousseau *dixit*), las ideas de Kant sobre el acceso a la autonomía por vía de la integración de la “ley moral” y las tesis de Freud sobre la castración simbólica como constitutivas de la subjetivación y de la civilización.

No creo que Lacan, quien también inscribía su elaboración en la tradición de las Luces, haya ido muy en contra de ese principio. Todo lo que desarrolló sobre el “nombre del padre” como significante de la ley que garantiza un funcionamiento no psicótico va precisamente en ese sentido. Hasta creo que llegó un poco más lejos. Por ejemplo, cuando en 1967 definía uno de sus grandes inventos conceptuales, el Otro, con referencia al término filosófico hobbesiano, lockiano y rousseauiano de *contrato*: “el Otro es el lugar donde se despliega para el caso una palabra que es una palabra de contrato”. Resulta significativo destacar que Lacan hacía del Otro el lugar de un contrato tras haber indicado, de manera muy provocadora, que “el inconsciente es la política”<sup>2</sup>. A pesar de la dificultad de algunos psicoanalistas para admitirlo, el inconsciente es en efecto político porque tiene relación con el Otro y porque el Otro ordena el área social y política donde se produce el sujeto. Entonces, el Otro resulta del “contrato” (hasta podría decirse del contrato inconsciente) que los individuos ratifican juntos y que cada cual debe suscribir necesariamente, salvo al volverse psicótico.

De hecho, decir que “el inconsciente es la política” va un paso más lejos que la propuesta freudiana, puesto que plantea, además de la cuestión de la civilización, la de lo político, es decir, la de las formas de dominación que ha conocido la civilización. Pero se sabe que no hay civilización sin dominación. Incluso, la civilización es sólo eso: una ininterrumpida serie de dominaciones.

La dominación se caracteriza porque exige más renuncia al goce de la que se necesita para la supervivencia de la civilización. Quiero decir, que a la parte de renuncia necesaria que se le sustrae a cada cual para que perdure la civilización, se le agrega una parte suplementaria que sustraen quienes controlan las instituciones para su provecho económico y político<sup>3</sup>. En lo que concierne únicamente a la modernidad y al capitalismo, hace mucho tiempo que se conoce el nombre de esa parte suplementaria que se le sustrae a la mayoría: es la *plusvalía*, establecida por Marx.

<sup>1</sup> La expresión es de Lacan; cfr. la sesión del 12 de abril de 1967, seminario *La lógica del fantasma*, inédito.

<sup>2</sup> J. Lacan, sesión del 10 de mayo de 1967 del seminario *La lógica del fantasma*, antes citado.

<sup>3</sup> Esto no está muy lejos de lo que Marcuse evocaba cuando hablaba de la “sobre-represión”, en *Eros y civilización*, Seix Barral, Barcelona 1969.

Se entiende entonces por qué, en todas las formas sociales anteriores, los dominantes se han encargado de asegurar más o menos el acceso de los individuos a la función simbólica. No lo hacían con un afán filantrópico, sino con la intención de conducir a los sujetos a aceptar esa extracción suplementaria. En ese sentido, las sociedades de la modernidad eran sociedades disciplinares, como lo demostró Foucault en sus trabajos de los años 60 (sobre el asilo y la prisión) y 70 (sobre lo biopolítico, a partir del momento en que la vida es objeto de decisiones políticas).

#### POSTMODERNIDAD, ULTRALIBERALISMO Y FORCLUSIÓN DE LA CASTRACIÓN

Si desarrollo este asunto, es justamente porque el período en que vivimos, el de la postmodernidad, marcado por ese nuevo estado del capitalismo que se llama ultraliberalismo, promueve muy precisamente un nuevo régimen de civilización distinguido por el puro y simple abandono de esta renuncia a una parte del goce. Este es el sentido enteramente revolucionario del ultraliberalismo: llama al hombre ultraliberal a recuperar por cuenta propia esa parte de goce a la que siempre había abdicado por la comunidad. El ultraliberalismo retoma pues la concepción liberal pero desligándola de la obligación de la responsabilidad. De hecho, es la mejor manera de maximizar las ganancias. Estamos entonces ante un salto importante que ya había anticipado el utilitarismo de Adam Smith: la posibilidad de apartarse, en el conjunto de las conductas sociales, de todo principio moral o trascendental. Como la sociedad se presenta en adelante como un conjunto en donde “cada hombre se ha vuelto un comerciante” (*Tratado sobre la riqueza de las naciones* [1776] I, IV), cada cual puede entregarse enteramente a la actividad económica y mercantil *persiguiendo metas por entero egoístas*. Pero, al afirmar el principio de una libertad sin mesura, librada de la obligación de responsabilidad (p. e. de responder por el conjunto), el ultraliberalismo modificó considerablemente el reparto simbólico: ya nada debe sacrificarse a la ley, de tal manera que los beneficios individuales sean máximos.

Las cosas suceden como si fuese necesario olvidar la necesaria sustracción de esa parte que, por esta razón, se vuelve maldita. Y como este olvido se generaliza al tiempo que se reivindica, asistimos a algo así como a una *forclusión de la castración*: ya no hay nada que dejarle al colectivo. Esta forclusión de la castración produce al tiempo importantes mutaciones de las modalidades de subjetivación, una transformación considerable respecto a todas las formas de dominación que ha conocido la civilización y, para decirlo abruptamente, serias amenazas a la perennidad de la civilización.

En cuanto a la subjetivación, me contentaré con mencionar aquí, en el marco de este breve artículo, que esta forclusión de la castración tiende a hacer que los procesos



neuróticos descubiertos por Freud en el corazón de la condición subjetiva pasen a un segundo plano, y a poner en primer plano las modalidades perversas y psicotizantes<sup>4</sup>. En efecto, lo que falta para la asunción del sujeto, es la castración simbólica que produce la metáfora paterna y que llevaba a cada sujeto a una reorganización fálica del discurso al mismo tiempo que lo abría hacia una economía del deseo. En cierta forma, el sujeto permanece en un estadio perverso polimorfo que lo deja en una economía del goce. Pero los efectos pueden ser aún más graves porque la forclusión de la castración puede emparentarse, en ciertos aspectos, con la forclusión del nombre del padre, es decir, producir efectos psicotizantes. Aparece ahí una clínica muy nueva, la de los “estados límite”, es decir, la de la forclusión en todas sus declinaciones: forclusión del nombre del padre, forclusión de hecho del nombre del padre, forclusión de lo inconsciente, forclusión de la castración, forclusión del encuentro con el nombre del padre, virtualización del nombre del padre...

En cuanto a las formas de dominación, la enorme novedad del ultraliberalismo respecto a los sistemas anteriores consiste en que estos últimos, por el hecho mismo de la dominación, funcionaban a punta de control, a punta de reforzamiento y de represión institucionales, mientras que el nuevo capitalismo funciona a punta de lo que yo llamaría la *desinstitucionalización*<sup>5</sup>. Probablemente sea esto lo que Foucault no pudo llegar a ver en los años 60. Aunque dedicado al estudio de las múltiples formas de subvención de la vida por parte del poder (en la salud, en la educación, en las formas de castigo...), no vio que se estaba instalando muy minuciosamente una novedosísima dominación luego de la Segunda Guerra Mundial. En efecto, los estudios ejemplares de Foucault sobre las sociedades disciplinares llegaron cuando esas sociedades ya estaban en decadencia. Se le aplicaron a un objeto ya bastante fragilizado en el momento del estudio<sup>6</sup>. Por eso, si bien los estudios de Foucault sobre las sociedades disciplinares tienen fundamento, no por ello dejaron de suscitar un inmenso malentendido y de generar finalmente un desafortunado error de perspectiva debido a su destiempo. Las impetuosas adscripciones militantes de la época no se dieron cuenta de que las instituciones a las que apuntaban eran los mismos aparatos que la fracción más conquistadora del capitalismo quería destruir. Para entonces, la dominación ya no buscaba continuar imponiéndose a través de la subvención disciplinar de la vida a manos del poder<sup>7</sup>, sino con una novedosísima forma de dominación (desinstitucionalizada) cuya instalación fue precipitada por los turbulentos años 60 en el mundo (en California, en Italia, en Inglaterra, en Francia durante mayo del 68...). El nuevo capitalismo está descubriendo e imponiendo una manera mucho menos obligante y menos costosa de hacer fortuna: no ya continuar reforzando la dominación que producía sujetos

<sup>4</sup> Me permito remitir a mi libro *L'art de réduire les têtes*, Denoël, París 2003, donde se trabajan estos asuntos.

<sup>5</sup> Sorprende constatar que la desinstitucionalización haya empezado por las instituciones asilares, es decir, allí donde era más fuerte el encuadre. Fue lo que encontró Robert Castel en sus estudios, particularmente en F. Castel, R. Castel, A. Lovell, *La société psychiatrique avancée, le modèle américain*, Grasset, París 1979.

<sup>6</sup> El mismo malentendido se produjo en los Estados Unidos con E. Goffman: se creyó que *Asiles* (publicado en Francia en 1968) era un estudio libertario, cuando en realidad se inscribía en un proyecto de desinstitucionalización. De hecho, ese proyecto fue implantado desde 1966 en California, cuando un tal Ronald Reagan fue elegido gobernador...

<sup>7</sup> Los economistas fechan el final del modelo keynesiano-fordista y su reemplazo por el ciclo ultraliberal, marcado por la desinstitucionalización, en 1967-1968.

sometidos, sino quebrar las instituciones que propagaban la necesidad de que cada cual fuese garante del conjunto, para obtener individuos flexibles, precarios, movedizos, abiertos a todos los modos y variaciones del Mercado.

De esta manera, las únicas obligaciones que se justifican hoy son las de los intercambios mercantiles. Sólo un único imperativo es admisible: que circulen las mercancías. De manera que, de ahora en adelante, toda institución que llegue a interponer sus referencias (políticas, trascendentales, morales...) entre los individuos y las mercancías, es inoportuna. En suma, el nuevo capitalismo ubicó muy pronto qué provecho podía extraer de la oposición de los años 60. Hasta el punto en que esta generación es el lugar de un drama histórico: no se dio cuenta de que al luchar contra el capitalismo combatía una forma de la que el capitalismo se disponía a deshacerse a fin de fortalecer más su imperio sobre el mundo. Ese es un nuevo y hermoso ejemplo de "astucia de la historia"<sup>8</sup>: en efecto, ino es la primera vez que un grupo en pie de lucha alcanza objetivos exactamente contrarios a los que se había fijado! En lo que me concierne, es así como entiendo, de hecho, la advertencia que les hizo Lacan a los estudiantes izquierdistas de 1968: "A lo que ustedes aspiran como revolucionarios, es a un Amo. ¡Lo tendrán!"<sup>9</sup>.

Y lo tuvimos: fue el Mercado, sólo el Mercado, todo el Mercado.

De hecho, el ultraliberalismo promueve hoy un imperativo de transgresión de las prohibiciones que le confiere a ese discurso un aroma libertario, fundado en la proclamación de la autonomía de cada cual y en la extensión indefinida de la tolerancia en todos los campos. Estamos en la hora del llamado anarco-capitalismo.

Y si hay almas sensibles que no pueden soportar el déficit simbólico producto del triunfo del Mercado, siempre podrán ir a buscar en la religión y en valores certificados por la tradición. Y si, por efecto de la postmodernidad, ya no existen comunidades tradicionales que puedan otorgar esta certificación, habrá que contentarse con la apariencia de autenticidad, con lo "falso auténtico", en últimas. Esto es justamente lo que se dedican a proveer, según el medio social de que se trate, la *new age* búdico-zen, los neoevangélicos, los integristas, los fundamentalismos y los populismos que afluyen a casi todas las partes del mundo en donde domine el Mercado. De hecho, esta fue la fórmula inaugurada recientemente en Estados Unidos durante la última elección presidencial. Parece llamada a declinarse de maneras diversas en los numerosos países en donde el Mercado domina, con la forma: "el Mercado (para las cosas serias) + una para-religión (como suplemento anímico para los que se obstinan en seguir siendo neuróticos)".

<sup>8</sup> Por supuesto, me refiero a la "astucia de la historia", esa vieja treta filosófica que introdujo Hegel: los individuos tienen la ilusión de andar tras sus metas, pero en realidad la historia se sirve de ellos para alcanzar sus propios fines.

<sup>9</sup> "Lacan à Vincennes, le 12 mars 1969", en *Magazine Littéraire Spécial Lacan*, N° 121 de febrero de 1977. [Fue publicado también como primer anexo de *El seminario de Jacques Lacan, El reverso del psicoanálisis 1969-1970*, bajo el título "Analiticón", sesión del 3 de diciembre de 1969, como la primera de cuatro intervenciones que habían sido anunciadas con el título de "Analiticón, cuatro *impromptus*", Paidós, Barcelona 1992, ps. 211 a 223. N. del T.]

#### DESINSTITUCIONALIZACIÓN Y DESIMBOLIZACIÓN

Pero, excepto esas seudoinstituciones, lo que el ultraliberalismo trae consigo es la desinstitucionalización: no sólo se requiere “menos Estado” sino menos de todo lo que pueda poner trabas a la circulación de la mercancía.

Ahora bien, el producto inmediato de esta desinstitucionalización es, claramente, una desimbolización de los individuos. El límite absoluto de la desimbolización aparece cuando ya nadie quiere garantizar y asumir el encauzamiento de los sujetos hacia la función simbólica. El nuevo capitalismo apunta hoy en día a ese núcleo primero de humanidad: la dependencia simbólica del hombre está precisada a renunciar a una parte de su goce. No sorprende entonces que nuestro espacio social resulte cada vez más invadido de violencia ordinaria, puntuada por momentos de auge de la hiperviolencia, accidentes catastróficos que ahora son siempre posibles gracias a las condiciones del medio. De esta manera se cierra el círculo: la lógica ultraliberal produce sujetos que, al funcionar precisamente con la ley del más fuerte, refuerzan más esta lógica.

De hecho, no se necesitan investigaciones muy profundas para darse cuenta de que si hay una realidad en la que consienta sin chistar el nuevo capitalismo, aun cuando ésta destruya tantas otras, es justamente la existencia de mafias de todo tipo, que hacen uso desvergonzado de los más expeditivos métodos. El capitalismo se ha acomodado siempre perfectamente a esa subclase que Marx llamaba *lumpenproletariado*. Marx no se hacía ninguna ilusión al respecto: “El proletariado en harapos, ese producto pasivo de putrefacción de los estratos inferiores de la antigua sociedad, resulta parcialmente arrastrado hacia el movimiento por una revolución proletaria, pero por toda su situación existencial se hallará más dispuesto a dejarse sobornar para prestarse a maniobras reaccionarias”<sup>10</sup>. Ahora bien, en nuestros días el *lumpenproletariado* ha abandonado su condición de curiosidad histórica marginal y supletoria del capitalismo para diseminarse y caracterizar ciertas formas de organización social.

De esta manera, en Europa y Estados Unidos se está emplazando una continuidad cada vez más tangible entre las pequeñas bandas que trafican en las ciudades, vampirizando las poblaciones más pobres e impidiendo el funcionamiento normal de las instituciones republicanas subsistentes (la escuela y los transportes urbanos, por ejemplo), las pequeñas, medianas y grandes mafias que producen dineros “sucios” (con la droga, la prostitución, el tráfico de armas, el tráfico de influencias...), las redes financieras que reciclan estos dineros sin disposición de conciencia por medio de los paraísos fiscales y ciertas redes políticas donde a menudo se mezclan abiertamente negocios y mafias; la Italia de Berlusconi está mostrando ahora qué más puede ocultarse en otros lugares.



<sup>10</sup> Karl Marx y Friedrich Engels, *Manifiesto comunista / Manifest der Kommunistischen Partei* [1848] Crítica, Barcelona 1998, edición bilingüe, ps. 52-53. Traducción de Elena Biosca (Introducción) y León Mames [*Das Lumpenproletariat* (p. 98) es “lumpenproletariado” para otras traducciones; aquí: “proletariado en harapos”. N. del T.].

En las naciones más pobres, la completa quiebra de ciertas instituciones que son superiores al tumulto da lugar a una total desaparición de la idea de bien público y a una privatización que impregna todas las relaciones: económicas, políticas, culturales, informativas, comunicativas, de seguridad y hasta, en casos extremos, militares.

### ¿A QUÉ TENDRÍA QUE RESPONDER AÚN EL HOMBRE ULTRALIBERADO?

La desimbolización designa pues una consecuencia del pragmatismo, del utilitarismo y del “realismo” contemporáneos, que supone “limpiar” los intercambios funcionales de la sobrecarga simbólica que los grava. La desimbolización señala un proceso que apunta a depurar el intercambio concreto de aquello que lo excede al tiempo que lo instituye: su fundamento. En efecto, el intercambio humano está incrustado en un conjunto de reglas cuyo principio no es real aunque remite a “valores” postulados. Esos valores son el resultado de una cultura (depositaria de principios morales, de cánones estéticos, de modelos de verdad) y como tales pueden diferir de otros valores y hasta oponerse a ellos. Ahora bien, el “nuevo espíritu del capitalismo” busca un ideal de fluidez, de transparencia, de circulación y de renovación que no consigue acomodarse al peso teórico de esos valores culturales que convenía sacrificar. En este sentido, el adjetivo “ultraliberal” designa la condición de un hombre “ultraliberado”, exento en este caso de todo apego a esos valores. Todo lo que se relaciona con la esfera trascendental de los principios y de los ideales, es decir, el mundo de la autonomía del pensamiento y de la dignidad humana, resulta desacreditado en adelante, por el hecho de no poderse convertir en mercancías o en servicios<sup>11</sup>. Esos valores simbólicos no tienen valor mercantil. No valen nada, su supervivencia ya no se justifica en un universo que se ha vuelto íntegramente mercantil. Además, constituyen una posibilidad de resistencia a la propaganda publicitaria que exige, para ser plenamente eficaz, un espíritu “libre” de toda reserva cultural que haga ley. Una vez que el Mercado lo ha invadido todo, puede ya comprarse y venderse todo, inclusive la vida biológica (puesto que se adquieren derechos sobre lo vivo) y la vida política (puesto que en las elecciones “democráticas” se pueden comerciar los votos)<sup>12</sup>.

En definitiva, el desenlace de la antropología ultraliberal, cuyo célebre lema “dejar hacer” confesaba por adelantado la ausencia de principio, abre un nuevo espacio societal completamente depurado, prosaico, trivial, nihilista, fundamentalmente violento, marcado por un nuevo y potente darwinismo social donde el valor, en adelante único, pasa de mano en mano sin más proceso: los “más adaptados” pueden sacar provecho legítimo de todas las situaciones, mientras que los “menos adaptados” son sencillamente abandonados y hasta llamados a desaparecer. Hay aquí un profundo

<sup>11</sup> Entiendo *dignidad* en el sentido filosófico del término. Su definición la ofrece Kant en *Fundamentación de la metafísica de las costumbres* [1785]: “Todo tiene o bien un precio o bien una dignidad. Lo que tiene precio puede ser sustituido por su equivalente; en cambio, lo que no tiene precio y, por tanto, tampoco tiene equivalente, es lo que posee una dignidad”.

<sup>12</sup> Dos ejemplos muy diferentes de intrusión masiva del Mercado (y por ende también del dinero) en el campo político: en los Estados Unidos se estima que un candidato capaz de reunir 4 millones de dólares tiene casi asegurada su elección al Senado. En Brasil, el principal sostén del presidente Lula, el Partido de los Trabajadores (que buscaba limpiar la vida política brasileña de la corrupción política), es acusado de compra masiva de votos políticos en el Parlamento.



replanteamiento de la civilización, puesto que resulta abandonado el tradicional deber biopolítico de protección de la población que le incumbe a cada Estado.

Este espacio hiperrealista del valor desnudo sella el final de toda forma de contrato social, pues ya nadie tiene que responder por el conjunto en que se halla. A tal punto, que quienes se rehúsan a integrar ese no-lazo social, a menudo sólo pueden hacerlo por vía de la violencia “gratuita” y de la reacción vana. Pero con su irrisoria insurgencia contra el mundo, quemando, saqueando, agrediendo, matando, lo único que logran, paradójicamente, es reforzar aún más ese mundo.

En ese contexto se ve claramente que el asunto de la responsabilidad se plantea de una manera radicalmente nueva. En efecto, ya no se trata de llamar al otro a una simple observancia de la ley puesto que la ley es justamente lo que, en tanto espacio tercero, falta. De hecho, ese es todo el problema: nos hallamos en espacios sin terceros. Estamos en espacios duales. Y justamente cada cual está llamado a vivir ahora en esos espacios duales, fabricándose en cada ocasión una especie de *modus vivendi*.

Por supuesto, es aquí donde la experiencia clínica resulta de un inestimable valor: sólo ésta puede ahora permitir que uno y otro decidan renunciar a esa parte de goce a la que el superyó ultraliberal, feroz y obsceno, los invita a no renunciar. Como si la caída de lo político hiciera aún más actual la clínica. Pero en ese caso se trataría de una clínica política en la que le concerniría a cada cual soportar para los demás el conjunto del lazo social. Tarea de amplitud desmesurada. A decir verdad, no sé si convenga enaltecerse o desanimarse ante tal perspectiva, pero como no se trataría de aceptar espacios sin ley atravesados por la hobbesiana guerra del todos contra todos, probablemente sea la única vía posible, esperando eventualmente días mejores.

